



## DIARIO DE BITÁCORA DEL PROS

### AGNYEE TRAS LA ESTELA DE ELCANO



10 DE AGOSTO 2019- 8 SEPTIEMBRE 2022

---

#### **ENTRADA 13.3.: ETAPA PAPEETE- FIYI**

8 DE ABRIL DE 2022

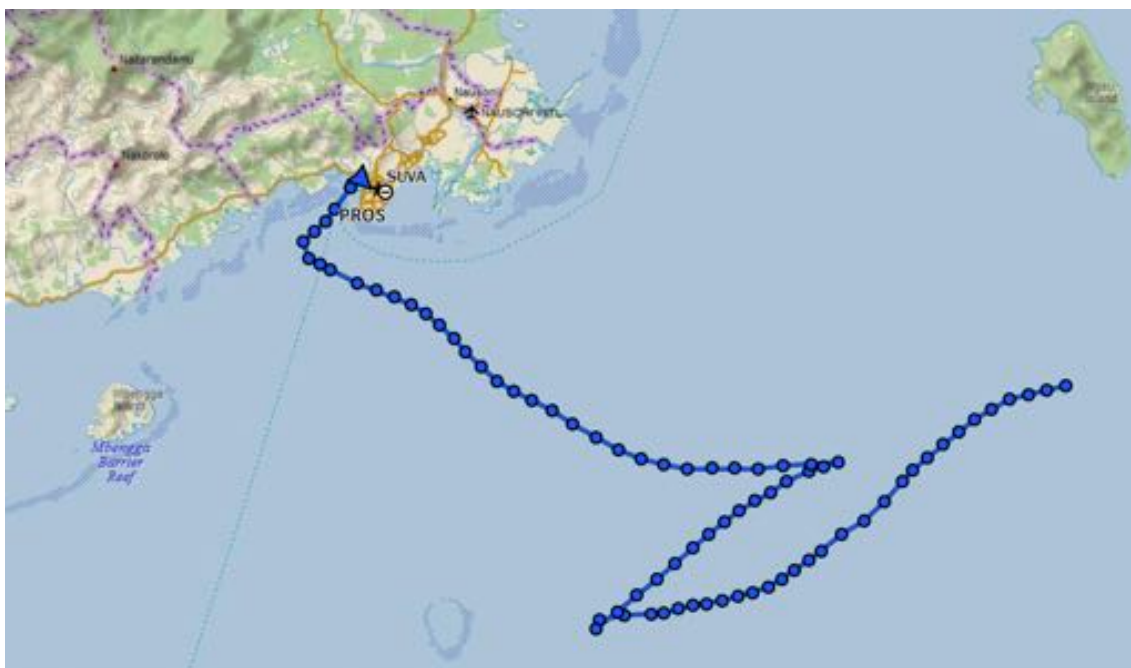
Después de 2.393,39 millas náuticas, muchas más que las sugeridas por un sencillo rumbo directo, el día 7 de abril de 2022, la Expedición de Agnyee ha dado por concluida la Etapa nº 8 de su recorrido alrededor del mundo, al entrar en la bahía de Suva (Isla de Viti Levu en el archipiélago de las Islas Fiyi). Sin duda, ha sido una navegación fatigosa y mucho más larga de lo previsto que, sin embargo, los tripulantes han superado con buen espíritu, un alto grado de

compañerismo y, lo que resulta importante en estas condiciones, una permanente sonrisa en los labios de cada uno para enfrentarse a las dificultades e imprevistos de cada día y una oportuna palabra de estímulo al compañero para hacer más llevaderos los contratiempos.

Tras aguardar durante una noche de suave ventolina y mar en calma



la aparición de la luz del día, el Pros ha quedado fondeado en la bahía de Suva a la espera del cumplimiento de las formalidades sanitarias y de inmigración.



Una vez afirmado el barco, lo primero que ha hecho la tripulación es rendirse un homenaje a si misma por el objetivo logrado. Una botella de vino espumoso, largo tiempo preservada para una ocasión como esta, ha sido abierta y equitativamente repartida entre ocho copas de cristal, nunca antes usadas durante la travesía..



**La Black Pearl dio prestancia al paso del Pros por los mares del sur**

El brindis de ritual, tantas veces repetido, ha tenido en esta ocasión el sabor de un gesto genuino que encerraba –o liberaba, tanto da– sentimientos, y afloraba contenidas emociones remansadas en el alma de cada uno. Entonces se produjo un momento especial, urdido con paciencia por la febril mente del capitán, incapaz de descansar como el resto de los mortales en las horas preceptivas.

Pidió un segundo de silencio antes de leer –esta vez, sí, al borde de las lágrimas– su personal homenaje a la persona que nos ha hecho soñar, pensar, estudiar, trabajar y disfrutar con la aventura de esta Expedición hecha realidad: Pepe Solá. La dorada piel salada de la faz de Ricardo, curtida por sucesivas noches de guardia e insomnio, no fue capaz de encubrir el hondo temblor que cruzó por ella al dar

término a su oración con estas dos palabras: "gracias, Pepe". Todos asentimos. Para entonces éramos ya parte de un coro que, a pesar de no haber ensayado previamente, había encontrado en la batuta de su director el compás y la cadencia justas para abandonarse por los senderos que nos marcara...



**Desde el Pros, fondeado en la bahía de Suva en Fiyi, con la ciudad al fondo**

Así culminaba en el plano afectivo la etapa octava. Naturalmente, luego vino la celebración en tierra, con el sosiego que proporciona haber pasado previamente por una ducha de agua dulce y lucir la mejor ropa seca disponible. Junto al fondeadero, un modesto bar y un restaurante sin pretensiones se convirtieron para los tripulantes en la meca de saber culinario y de las bebidas frescas, tan añoradas en los últimos días. Repetimos y reímos las mejores anécdotas de nuestra navegación, celebramos la contribución de cada tripulante al éxito del conjunto y, con una copa en la mano del poderoso ron local Bounty (56º), nos comprometimos ante los dioses del mar -griegos, vikingos y fiyianos- a mantener la hermandad creada por encima de los avatares de la historia y el discurrir de las volubles y cambiantes estaciones.



**Bernardo Negueruela, junto al capitán, entre los adoradores del sol.**

En realidad, este final feliz se gestó mucho antes, cuando tras salir de Bora Bora, aún fascinados por la belleza del paisaje y el encanto de los amistosos tiburones de punta negra, fantaseábamos con una travesía acompañada de coloridas puestas de sol y no menos brillantes alboradas que las de los primeros días. Era el día 16 de marzo y apenas nos preocupaba otra cosa que la persistencia de vientos demasiado flojos que perturbaran nuestras ya conservadoras estimaciones de llegada a Fiyi.



**Puesta de sol a la salida de Bora Bora**

Pronto salimos de dudas. La temperatura se mantenía estable en estas latitudes y resultaba una caricia sobre la piel cuando iba acompañada por la brisa de la marcha del barco, haciendo innecesaria a todas horas – la noche incluida– cualquier ropa de abrigo. Pero el interior del barco se convertía en una sauna en las horas centrales del día como resultado de la humedad reinante y la elevada temperatura media. Resultaba bastante obvio que el ciclo de intensa evaporación del agua del mar y de condensación en forma de nubes estaba permanentemente alimentado y era indefinidamente sostenible, como una máquina perfecta a la que únicamente interferencias externas pudieran afectar. Por eso no nos extrañó ver formarse sobre nuestras cabezas densas capas de nubes, algunas de apariencia inofensiva, otras cargadas de aviesas intenciones, a las que saludábamos con un adiós cada vez que dejábamos atrás. Pero eran muchas, muchísimas y continuas.



Uno de muchos chubascos, en medio de un frente.

De modo que, antes o después, algunas acabaron por transformarse en chubascos muy intensos que agitaban toda la jarcia del Pros con un ruido infernal. De navegar con vientos flojos, nos veíamos metidos en rachas de 20, 25, 30 y hasta 35 nudos, que obligaban al timonel de guardia a abandonar su dulce *nonchalance* y aferrar la rueda del timón con toda la fuerza de sus brazos, no ya para mantener el rumbo sino simplemente para no irse de orzada al cargar una racha.

Cuando este régimen de alternancia de calmas y chubascos se convirtió en el régimen habitual de la navegación, aceptamos que maldecir era una pérdida de tiempo inútil y, con un sentido pragmático encomiable, nos acomodamos al mundo que habíamos venido a explorar. Algún consuelo nos aportó, es verdad, conocer que en la llamada SPCZ (South Pacific Converge Zone), de modo similar a la ZCI (Zona de Convergencia Intertropical), se producen parecidas encalmadas a las de los "doldrums" seguidas, en ocasiones, de violentos y copiosos chubascos. El hombre blanco siempre ha necesitado tener una explicación, unas veces mágica, otras científica, de lo que le ocurre. Por eso Newton se quedó mucho más satisfecho

al conocer que el golpe propinado en su cabeza por la manzana que le cayó del árbol no era un mero resultado del azar sino la consecuencia de algo tan serio y respetable como la ley de la gravedad. Pues, nosotros, lo mismo. La ciencia es nuestra guía y, de este modo, los chubascos saben mejor. ¡A que sí...!

La vida está pautada por las guardias que se suceden cada dos horas. Como en la parte final de la etapa hay que ayudar al piloto automático, el tradicional relajo de las guardias, limitado en general a la somera vigilancia del rumbo del barco, se ha sustituido ahora por un atento gobierno de la rueda y de las rolas del viento, que no permite la más mínima distracción del timonel. Cada minuto de guardia cuenta, sobre todo por la noche y el relevo en los turnos se hace con una precisión de reloj suizo. Al concluir las dos horas de rigor, los que salen del servicio se echan un sueñecito, en la esperanza de que dentro de seis horas la mar haya amainado por fin y el viento sea ya estable. Un sueño casi siempre defraudado y convertido en quimera.

Rotan las parejas de guardia, lo que permite contarse mutuamente nuevas historias y enriquecer el conocimiento de las vidas ajenas. Con frecuencia surgen las sorpresas, porque siempre aparece en la vida de cada uno una persona, una situación o un problema, que también formó parte de la vida del otro. Hijos de Adán y Eva, al fin y al cabo, siempre se encuentran similares ingredientes en la pasta humana. Y, entre humanos inclinados por el mar, los ingredientes comunes se multiplican. ¿Por qué será?





**Ricardo Teigell**

–Buenas noches. Dijo la voz ronca que llegó desde la oscuridad de la bañera al timonel atento al gobierno del barco.

–¿Cómo va la guardia? Acabo de hacer café. ¿Os apetece una taza? Insistió la voz ronca, algo más grave de lo habitual por la humedad y el desasosiego dejado por el chubasco reciente.

No era un acento desconocido. Simplemente, era improbable oírlo a aquella hora, cuando su titular, cumplido su turno de guardia, había anunciado poco antes su retiro en busca de descanso.

–Gracias, Ricardo. Pero ¿qué haces aquí, cuando todo va bien? Replicó el timonel, con una sonrisa, tras procesar lentamente la identidad de aquella voz fantasmal.

–No haremos un bordo todavía. Deberías descansar un poco.

–Estoy bien. He visto que el viento ha subido a 20 nudos y venía a haceros compañía.



**Ricardo Teigell (el capitán) y José Solá**

Y así, noche tras noche y café tras café, el alma del capitán se volvió corpórea en todo momento, lo que no quiere decir que siempre fuera visible a los ojos de los tripulantes. Como si estuviera dotado del raro privilegio de la condición divina, se hacía presente siempre y en todo lugar. Con la única excepción del tiempo que reservaba en secreto para dar forma escrita a sus recónditos sentimientos, de los que ya hemos dado cuenta más arriba. En esos momentos en que robaba de las musas su inspiración, nadie sabía lo que estaba haciendo.

De los protagonistas de esta etapa hay uno que ha tenido un papel medular, siendo todos necesarios. Me refiero a Javier, al que ha cabido la responsabilidad principal en confortar los cuerpos de los tripulantes, lo que equivale a fortalecer sus espíritus y mantener su ánimo y buena disposición. No ha necesitado de impulsos externos para atribuirse la pesada tarea de preparar la mayor parte de las comidas principales y buena parte de las complementarias, aperitivos y picoteos varios. Amén de administrar con buen criterio el uso de las existencias disponibles. En estas funciones, su imagen permanece asociada a una sonrisa franca que surge por sorpresa en la bañera del Pros desde las profundidades de la cocina mostrando ostensiblemente en sus brazos una cazuela, un puchero humeante o un acompañamiento apropiado para sus inspirados guisos.



**Javier Garcia Veiga en acción**

- Tripulación: es la hora de comer. Dice Javier con voz clara, mientras solicita el concurso de todos para servir a cada uno su ración.
- Hoy te ha salido genial el guiso, Javier. Se oye decir en varias versiones.
- Estos ajitos están estupendos y la dosis de picante, la justa. Te superas cada día.

Pequeños y sinceros cumplidos de los tripulantes, que bastan para envolver sus ojos claros en un especial brillo de satisfacción. Muy justamente ganada, por cierto.

Las historias hay que contarlas, sea con palabras, en prosa o en verso, o con imágenes, fijas o en movimiento. En este terreno el número de los actores se amplía. Bernardo, siempre atento a los detalles del momento, no deja escapar la oportunidad de congelar un suspiro del tiempo con su móvil, que inmediatamente comparte con todos. Acostumbrado a no guardar para sí lo que encuentra bello, se le ve sufrir por no poder enviar a su familia las magnificas instantáneas que captura, como seguramente haría si tuviera un generoso wifi a su alcance.



**Bernardo en la maniobra del génova, junto a Diego y Ricardo.**

Juanma esgrime de tiempo en tiempo su cámara de video, cuyas capturas quedan por el momento ocultas a los ojos de todos, pendientes de una edición que –eso esperamos– algún día verá la luz.



**Juanma acopia material para su posterior edición**

Pero quien se lleva la palma de la constancia y la producción es Africa. Su fiable cámara parece una prolongación de sus manos, siempre dispuesta a buscar el ángulo inusual o la perspectiva distinta en el movimiento de cada tripulante. Ya se trate de izar las velas o de cazarlas, de gobernar a la caña o de tomar una ducha al sol en cubierta, de interpretar una puesta de sol o de penetrar en las ensoñaciones que el crepúsculo suscita en los ojos que lo contemplan, allí está ella con su cámara, para dejar constancia.



**Africa, reportera, junto a José Ignacio**



La patrullera de Tonga P301 obsequió a la tripulación con una enorme patata y plátanos verdes.



Africa a la caña. Junto a ella, Juanma

Hay ocasiones en que se organiza un cierto alboroto. Suele ocurrir cuando llega un chubasco, carga una racha o amenaza con hacerlo y el capitán ordena arriar trapo para evitar daños en la jarcia. No es el momento más agradable para salir de la bañera, pero los tripulantes han de hacerlo, dotados de su correspondiente chaleco y arnés, cinchados a la línea de vida. Entonces suele resultar clarificador el reparto de tareas que Diego distribuye, antes de que el entusiasmo por colaborar se torne en desorden y desconcierto. El siempre es partidario de pensar antes de actuar. Exactamente en ese orden. Y hay que reconocer que tal conducta resulta mucho más satisfactoria y, desde luego, es bastante menos peligrosa que hacer lo que no se ha pensado de modo suficiente.



**La voz serena de Diego coordina la maniobra del bordo**

–Dos al palo, conmigo. Tomamos un rizo a la mayor. Dice Diego, alto y claro.

–Nos aproamos y empezamos a bajar la mayor. Javier, tú a la driza. Bernardo y yo recogemos. Juanma, caza la mayor a la vía.

Cuando la maniobra termina, el Pros lo agradece casi siempre con un gesto de estabilidad y los tripulantes comprueban complacidos las ventajas que acompañan al trabajo bien coordinado. Una mente clara y serena suele generar instrucciones comprensibles y resultados previsibles.

Pero hay ocasiones en que los eventos no son previsibles. La vida en un barco tiene sus sorpresas, ante las que es imprescindible reaccionar. El Pros, como bien saben nuestros seguidores, tiene un alma propia cuyos impulsos y querencias no están al alcance de cualquiera. Hay quien, como Pepe, lo conoce bien, no en vano uno y otro son compañeros inseparables desde hace muchos años. Como Robert Redford, en aquel espléndido personaje que susurraba a los caballos, Pepe mantiene un diálogo permanente con cada parte del Pros, tanto de día como de noche. Conoce sus ruidos y sus rumores. Los interpreta y deduce si son quejas serias o simples expresiones de cansancio temporal o, acaso, meros deseos de llamar la atención. Y aplica, incansable, el tratamiento oportuno, buceando en sus cuadros de control, en sus relés de distintos colores, o en las numerosas bombas que controlan el movimiento de sus fluidos. El resultado casi siempre es satisfactorio. Este ser animado que es el Pros, responde a los estímulos, se amansa y se aquieta con lo que su persona de confianza le dice y el modo convincente y dulce en que se lo sugiere. Es una cuestión de confianza y ellos se entienden entre sí.





#### **El Pros y Pepe Solá, una relación de pareja madura y bien avenida**

En alguna ocasión, sin embargo, las reglas anteriores no se han cumplido. Hay quien dice que eso se ha debido a un duendecillo que habita en la sentina y hace pillerías en horas nocturnas, cuando nadie le ve. En estos casos, la relación de confianza de Pepe y el Pros sufre una crisis temporal. Ninguno piensa en que vaya a ser nada serio. Mucho menos en que la crisis pueda durar. Pero se abre entonces un período en que terceros ajenos a la excluyente relación principal pueden intervenir e, incluso, hacerlo con éxito.



**José Ignacio: una cabeza ordenada con unas manos que hacen milagros.**

En los últimos tiempos uno de los que ha acreditado su buen hacer en estas lides ha sido José Ignacio. Los tripulantes del Pros son testigos del brillante modo en que ha conseguido resolver distintas dolencias del Pros, de incierto origen, aunque de molestas consecuencias en la vida cotidiana. Es lo cierto que sólo él se ha atrevido a hurgar en territorios antes reservados a la exclusiva relación de Pepe con el barco. Pasará a los anales de la etapa el momento en que el Pros aceptó sin una queja ni un mal gesto que José Ignacio, con sus entrenadas manos, le privara del motor de arranque para su revisión, tras una trabajosa inmersión en sus partes más discretas. Claro que todos son testigos, también, de que, en ese momento, Pepe era el principal valedor de José Ignacio en la delicada intervención. El Pros no tenía nada que temer. José Ignacio era gente de confianza, buena gente. Por eso, poco después de esa revisión, el motor de arranque, que se había mostraba moroso e insensible a los estímulos, volvió a dar señales de vida. La crisis en la relación quedaba superada, como tantas veces ocurre en las parejas duraderas.

No podríamos terminar esta crónica sin insistir en las sensaciones con las que se iniciaba. Habíamos superado muchos obstáculos durante la travesía. Las condiciones de navegación habían sido duras y, en ocasiones, difíciles. La mayor duración de la etapa había reducido al mínimo las existencias de algunos alimentos y otros se habían agotado. Y –por qué no decirlo–, además, estábamos cansados. Pero por ello mismo, nuestra impresión dominante era de una gran satisfacción. Por haber llegado sanos y salvos. Por haber preservado el Pros. Y, principalmente, por haber podido compartir una larga etapa de la Expedición *Tras la Estela de Elcano*, con una tripulación excepcional que, desde hoy mismo, se ha convertido para todos nosotros en una tripulación inolvidable.